



Arzobispo de Santiago

Carta Pastoral en la Jornada "Pro Orantibus" Junio 2011

"Lectio divina, un camino de luz"

Queridos diocesanos de Vida contemplativa:

"Lámpara es tu palabra para mis pasos, luz en mi sendero" (Ps 119,105), dice el salmista. Por su parte el evangelista san Juan afirma: *"La Palabra era la luz verdadera, que ilumina a todo hombre"* (Jn 1,9). Son diferentes formas en que se puede expresar la relación con la Palabra de Dios. Para el hombre que "en lo más íntimo de su ser, está siempre en camino", como nos decía Benedicto XVI en Santiago de Compostela, esta percepción es particularmente consoladora al saber que en medio de la tinieblas en que a menudo se ve envuelto, hay una lámpara que ilumina las zonas oscuras de la vida y le lleva a vivir como "hijo de la luz".

El simbolismo de la luz tiene un evidente acento bíblico. Cuando junto al mar de Galilea, Jesús se apresta a iniciar su ministerio, el evangelista san Mateo ve en ese inicio el cumplimiento de la profecía de Isaías: *"El pueblo que habitaba en tinieblas vio una luz grande; a los que habitaban en tierra y sombras de muerte, una luz les brilló"* (Is 9,1). Jesús es la luz anunciada por el profeta. Y así nos lo ha dicho Él mismo: *"Mientras estoy en el mundo, soy la luz del mundo"* (Jn 9,5). En particular, la imagen de la luz y las tinieblas le es especialmente querida a san Juan, recurriendo a ella una y otra vez ya desde el mismo prólogo de su Evangelio: *"Y la luz brilla en las tinieblas y la tiniebla no la recibió"* (Jn 1,5).

En Jesús se ha manifestado la luz verdadera. En esta luz, todo tiene un sentido y una tonalidad diferentes. Lo expresa muy elocuentemente el Papa en el Mensaje de Pascua de este año cuando dice: *"Así como en primavera los rayos del sol hacen brotar y abrir las yemas en las ramas de los árboles, así también la irradiación que surge de la resurrección de Cristo da fuerza y significado a toda esperanza humana, a toda expectativa, deseo, proyecto"*.

Lámpara es tu palabra

"Muchas veces y de muchas maneras habló Dios en el pasado. En estos últimos tiempos nos ha hablado por medio del Hijo" (Heb 1,1). Dios en la revelación bíblica "habla a los hombres como amigos, trata con ellos para invitarlos y



Arzobispo de Santiago

recibirlos en su compañía”¹. Sólo Él podía romper el silencio de los cielos e irrumpir en el silencio del corazón humano. Y esto ha acontecido en su revelación, primero al pueblo elegido, Israel, y después en Cristo, la Palabra hecha carne. Dios habla a través de los acontecimientos y palabras íntimamente unidos, comunicándose a sí mismo a los hombres. “La Sagrada Escritura es la Palabra de Dios en cuanto escrita por inspiración del Espíritu Santo. De este modo se reconoce la importancia del autor humano que ha escrito los textos inspirados y, al mismo tiempo, a Dios como el verdadero autor”². Podríamos decir que la Sagrada Escritura es la morada de Dios en las palabras de los hombres.

El Concilio Vaticano II nos enseña que la Sagrada Escritura “nos muestra la admirable condescendencia de Dios para que aprendamos su amor inefable y cómo adapta su lenguaje a nuestra naturaleza con su providencia solícita”³. En su Palabra, Dios nos da a conocer su divina voluntad, sus justos mandamientos, las obras que ha realizado a favor de su pueblo y las promesas con que lo consuela, culminando su revelación, don supremo del amor divino, en Jesucristo, el Hijo de Dios hecho hombre por nosotros, la Palabra única, perfecta y definitiva del Padre en la que nos lo dice todo (cf Jn 1,14). Dios a lo largo del tiempo se fue revelando “en obras y palabras intrínsecamente ligadas”⁴ y, “creando y conservando el universo por su Palabra, ofrece a los hombres en la creación un testimonio perenne de sí mismo”⁵. Ciertamente, “la verdadera originalidad del Nuevo Testamento no consiste en nuevas ideas, sino en la figura misma de Cristo, *que da carne y sangre a los conceptos: un realismo inaudito*”⁶.

Luz en mi sendero

La celebración de esta Jornada Pro Orantibus quiere favorecer en todos: miembros de la comunidad cristiana, especialmente en los de la vida consagrada, la toma de conciencia de esta realidad admirable: que tanto la Palabra Encarnada como la Sagrada Escritura es la luz que ilumina a todo hombre que viene a este mundo para que caminemos “como hijos de la luz” (Ef 5,8). Así, pues, como nos exhorta san Pablo: “*Despierta, tú que duermes, levántate de entre los muertos y te iluminará Cristo*” (Ef 5,14). La fe cristiana es creer en la Palabra hecha carne, Jesucristo; y creer en la Palabra que nos llega a través de

¹ Concilio Vaticano II, Constitución Dogmática *Dei Verbum*, 2.

² BENEDICTO XVI, Exhortación Apostólica Sinodal *Verbum Domini*, 2.

³ *Ibid.*, 13.

⁴ *Dei Verbum*, 2.

⁵ *Ibid.*, 3.

⁶ BENEDICTO XVI, Carta Encíclica *Deus caritas est*, 12.



Arzobispo de Santiago

las Escrituras. De esta relación con la Palabra brota el misterio de la Iglesia, que es anuncio de la Palabra y, a su vez, está sometida a la Palabra. “En efecto, la Iglesia se funda sobre la Palabra de Dios, nace y vive de ella”⁷. La palabra de Dios no sólo ha roto el silencio del universo e infundido vida en el desierto de nuestra existencia, sino que ha dado una meta a nuestros pasos inciertos y es luz en este difícil camino de la historia que los cristianos hemos de recorrer.

Lectio divina, un camino hacia la luz

Son diferentes los caminos por los que podemos acercarnos a la Palabra de Dios, buscando el encuentro de Cristo, la *Luz* verdadera que alumbraba a todo hombre que viene a este mundo (cf Jn 1,9. 8,12). Con motivo de esta Jornada, que atañe a la forma de vida caracterizada por su dimensión contemplativa y por la importancia que en ella tiene la oración, quiero referirme en particular a la *lectura orante del Evangelio* como un medio excelente que tenemos a nuestro alcance para acoger la Palabra y encontrarse personalmente con Cristo: “Palabra divina y viviente”. La vida contemplativa es una invitación a reconocer que todo lo que Dios tenía que decirnos nos lo ha dicho en Cristo, y que por consiguiente no hay una tarea más urgente que la de escuchar esta Palabra que más que informar acerca de Dios, trata de formar el corazón del hombre.

“La gran tradición monástica ha tenido siempre como elemento constitutivo de su propia espiritualidad la meditación de la Sagrada Escritura, particularmente en la modalidad de la *lectio divina*”, considerada en estas etapas: *la lectura, la meditación, la oración y la contemplación, culminando en la acción “que mueve la vida del creyente a convertirse en don para los demás por la caridad”*. Siguiendo este itinerario se pasa de la oración a la vida, y así la vida es iluminada por la oración⁸. La riqueza de este método abarca todas las dimensiones del creyente. Implica su dimensión intelectual, su afectividad, su memoria y su imaginación, comprometiendo su responsabilidad, en cuanto que es llevado a responder con la vida a cuanto ha leído y meditado. Y también es de gran trascendencia por el hecho de que no se trata de una lectura cualquiera de la Palabra de Dios, sino de una lectura en la fe animados por el Espíritu Santo, y que suscita y nutre la fe. Cuando leemos la Biblia de este modo y dejamos que poco a poco las palabras escritas entren en nuestra mente y descendan a nuestro corazón, la Palabra viva va progresivamente haciéndose carne en nosotros y transformando todo nuestro ser.

“¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?”(Lc 24,32). Hemos de sentirnos *como los de Emaús*, con el

⁷ *Verbum Domini*, 3.

⁸ Cf. *Verbum Domini*, 86-87.



Arzobispo de Santiago

corazón en ascuas, deseosos de aprender, escuchar. Jesús decía: *“No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios”* (Mt 4,4). La Palabra de Dios nos es necesaria para la vida del espíritu como el pan para la vida del cuerpo. *“Cristo y la Escritura divina –dice San Ambrosio- son el remedio de toda pena y el puerto de abrigo en las borrascas”*. En nuestro camino espiritual, en busca de la verdad, nos acompaña un caminante desconocido que se ha unido a nosotros: en la Eucaristía y en la Palabra. En ambas, Él está presente: en la Eucaristía bajo las especies del pan y del vino, y en la Palabra bajo la forma de luz, *“luz en mi sendero”*.

Con las palabras de una oración del Beato Cardenal Newman, digamos también nosotros: *“Quédate conmigo. Así podré convertirme en luz para los otros. Esa luz, oh Jesús, vendrá de Ti; ni uno solo de sus rayos será mío: yo te serviré apenas de instrumento para que Tú ilumines a las almas a través de mí”*. Imitemos a la Virgen María, escuchando en el silencio y obedeciendo a la palabra divina que *“conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón”* (Lc 2,19). Hagamos nuestra la oración del canto al Evangelio del tercer domingo de Pascua: *“Señor Jesús, explícanos las Escrituras. Enciende nuestro corazón mientras nos hablas”* y demos gracias al Señor por las comunidades contemplativas de nuestra diócesis. Mirando a María, madre de la Iglesia, ponemos a nuestras hermanas y hermanos contemplativos bajo su protección materna. Os saluda con afecto y bendice en el Señor,

+ Julián Barrio Barrio,
Arzobispo de Santiago de Compostela